

Don Leandro Alem, «hombre convencido, sincero, ingenuo», según declara un ilustre escritor que lo trató mucho, y fué su adversario en ideas. Alem se suicidó, y desde entonces el partido radical, aunque ha realizado varios intentos de revolución y sigue contando con el entusiasmo de la juventud, siempre pronta á mezclarse en las protestas políticas, lleva perdida una gran parte de la influencia nacional que le daba su antiguo jefe.

Ahora lo dirige Don Hipólito Irigoyen, hombre austero, que gusta de vivir retirado, como los conspiradores antiguos, sin prestarse á conferenciar con los periodistas ni á colocarse ante los fotógrafos.

El partido radical merece más su título por los procedimientos que le son favoritos que por su programa. Representa un simple movimiento de indignación contra lo existente, antes que un partido de doctrinas revolucionarias. Sus aspiraciones se basan en la reforma moral del país más que en la reforma política. Quiere la pureza del sufragio, la integridad administrativa, con otras nobles y vagas aspiraciones, que lo mismo podrían figurar en el programa de un partido conservador. Aparte de esto, no ha hecho ninguna afirmación claramente revolucionaria en las cuestiones religiosas y sociales que tanto preocupan hoy al radicalismo de otros países.

* * *

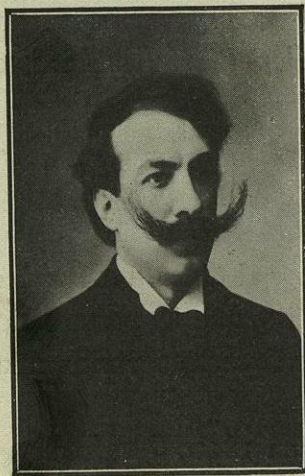
Tiene, además, la Argentina un partido socialista que ha triunfado una vez en las elecciones nacionales, y extiende la organización obrera por las más importantes poblaciones de la República. Causa asombro á muchos que surjan en la Argentina crisis de trabajo, y exista un partido socialista, cuando la nación sólo tiene dos habitantes por kilómetro cuadrado, tres cuartas partes del suelo se hallan sin cultivar por falta de brazos, y les es fácil á los inmigrantes adquirir tierras públicas para explotarlas. El socialista italiano Ferri, al recorrer la República, cuéntase que abominó de la oportunidad de propagar sus ideas en un país de industrialismo en embrión, que «no ha salido aún del período agro-pecuario». Muchos que en la otra orilla del Océano simpatizan con las aspiraciones obreras revolucionarias, manifiestan la misma extrañeza ante el socialismo argentino, como si fuese algo anacrónico. La enorme desigualdad en el reparto de

la población y el desequilibrio entre la capital con sus grandes puertos y las provincias del interior, justifican á un tiempo la existencia del socialismo y el asombro de los que no esperaban encontrarlo en las riberas del Plata.

En gran parte de la República equivale á una fantasía quijotesca soñar con reivindicaciones sociales y organizaciones obreras. La tierra está poco poblada: el toro y la oveja ocupan el suelo, y el hombre no es más que un accidente sin importancia en medio de esta aglomeración de riqueza animal.

Pero en los barrios populares de Buenos Aires, con sus infectos «conventillos» y su aglomeración de gentes de todas las razas, influenciadas por las ideas que trajeron del viejo mundo, y en los grandes puertos de Rosario y Bahía Blanca, con sus muchedumbres de cargadores, el socialismo ya no parece tan extemporáneo.

Buenos Aires es hoy una de las grandes ciudades del mundo. Posee todos los adelantos morales y materiales del presente, lo mismo que Londres, lo mismo que París. ¿Por qué en su portentosa asimilación había de librarse de conocer de cerca el socialismo, una de las manifestaciones del adelanto moderno? . . .



DON ALFREDO PALACIOS

En pocos años ha aumentado considerablemente el partido socialista en las ciudades argentinas. No ha conseguido aun grandes éxitos políticos, pero dirige huelgas de importancia, algunas de las cuales tuvieron casi el carácter de revoluciones. Su tribuno es el doctor Alfredo Palacios, joven abogado, de espontánea elocuencia, fácil en la improvisación, y que reviste las cuestiones económicas y sociales con el ropaje artístico de la sentimentalidad. Su voz sonora, su romántica cabeza, sus ademanes tribunicios, aparecen en cuantos mitins y manifestaciones al aire libre celebran los obreros de Buenos Aires. Es el único socialista que ha llegado á sentarse en la Cámara de Diputados; y durante su mandato legislativo pronunció numerosos y elocuentes discursos acerca de los problemas obreros.

Otro representante del socialismo argentino es el doctor Juan Justo, médico notable y antiguo profesor de cirugía de la Facultad de Buenos Aires. Ha estado varias veces en Europa en viaje de estudios y es autor de un buen libro, *Teoría y práctica de la Historia*. Entró en el partido socialista en 1893, y desde entonces escribe folletos y opúsculos para difundir sus ideas. En el diario que publican los socialistas, *La Vanguardia*, el doctor Justo es uno de los más asiduos colaboradores. Como muchos hombres de ciencia, piensa más que habla y carece de la brillantez exterior que arrebató á las muchedumbres. Sin embargo, su prestigio entre los obreros es grande. Tiene fe en el porvenir del socialismo argentino, que ofrece su nombre en todas las elecciones como una bandera de combate. Lo derrotan y continúa impasible su tarea de propagandista. Él mismo se da el título de «candidato perpetuo», sin haber llegado jamás á ocupar un puesto electivo.



DOCTOR JUSTO

IV

EL EJÉRCITO Y LA MARINA

La política internacional de la República ha sido siempre de paz. De hallarse otras naciones en el próspero estado que la Argentina, pudiendo disponer de sus medios de acción, soñarían con empresas de imperialismo ó pretenderían, cuando menos, un patronato diplomático sobre los países cercanos.

La República dedica sus esfuerzos al desarrollo interior, sin malgastarlos en ilusiones belicosas. ¿Para qué nuevos territorios, cuando dentro de sus fronteras tiene espacio amplio para doscientos millones de individuos? . . .

El carácter del moderno pueblo argentino no se presta á las aventuras militares. Esta democracia quiere paz y trabajo, convencida por la dolorosa experiencia de sus guerras civiles, que retardaron la constitución nacional, de que únicamente con la paz progresan las Repúblicas.

Cuando se ha visto retada por las pretensiones absurdas ó las agresiones insolentes de los enemigos, ha peleado con heroica tenacidad, acompañada siempre por la victoria. «La bandera blanca y celeste — como dijo Sarmiento en un famoso discurso —, no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra». Nunca los ejércitos argentinos fueron derrotados ni sufrieron el más pequeño descalabro dentro de sus fronteras actuales.

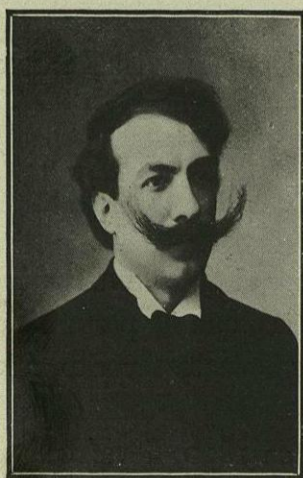
Don Leandro Alem, «hombre convencido, sincero, ingenuo», según declara un ilustre escritor que lo trató mucho, y fué su adversario en ideas. Alem se suicidó, y desde entonces el partido radical, aunque ha realizado varios intentos de revolución y sigue contando con el entusiasmo de la juventud, siempre pronta á mezclarse en las protestas políticas, lleva perdida una gran parte de la influencia nacional que le daba su antiguo jefe.

Ahora lo dirige Don Hipólito Irigoyen, hombre austero, que gusta de vivir retirado, como los conspiradores antiguos, sin prestarse á conferenciar con los periodistas ni á colocarse ante los fotógrafos.

El partido radical merece más su título por los procedimientos que le son favoritos que por su programa. Representa un simple movimiento de indignación contra lo existente, antes que un partido de doctrinas revolucionarias. Sus aspiraciones se basan en la reforma moral del país más que en la reforma política. Quiere la pureza del sufragio, la integridad administrativa, con otras nobles y vagas aspiraciones, que lo mismo podrían figurar en el programa de un partido conservador. Aparte de esto, no ha hecho ninguna afirmación claramente revolucionaria en las cuestiones religiosas y sociales que tanto preocupan hoy al radicalismo de otros países.

* * *

Tiene, además, la Argentina un partido socialista que ha triunfado una vez en las elecciones nacionales, y extiende la organización obrera por las más importantes poblaciones de la República. Causa asombro á muchos que surjan en la Argentina crisis de trabajo, y exista un partido socialista, cuando la nación sólo tiene dos habitantes por kilómetro cuadrado, tres cuartas partes del suelo se hallan sin cultivar por falta de brazos, y les es fácil á los inmigrantes adquirir tierras públicas para explotarlas. El socialista italiano Ferri, al recorrer la República, cuéntase que abominó de la oportunidad de propagar sus ideas en un país de industrialismo en embrión, que «no ha salido aún del período agro-pecuario». Muchos que en la otra orilla del Océano simpatizan con las aspiraciones obreras revolucionarias, manifiestan la misma extrañeza ante el socialismo argentino, como si fuese algo anacrónico. La enorme desigualdad en el reparto de la población y el desequilibrio entre la capital con sus grandes puertos y las provincias del interior, justifican á un tiempo la existencia del socialismo y el asombro de los que no esperaban encontrarlo en las riberas del Plata.



DON ALFREDO PALACIOS

En gran parte de la República equivale á una fantasía quijotesca soñar con reivindicaciones sociales y organizaciones obreras. La tierra está poco poblada: el toro y la oveja ocupan el suelo, y el hombre no es más que un accidente sin importancia en medio de esta aglomeración de riqueza animal.

Pero en los barrios populares de Buenos Aires, con sus infectos «conventillos» y su aglomeración de gentes de todas las razas, influenciadas por las ideas que trajeron del viejo mundo, y en los grandes puertos de Rosario y Bahía Blanca, con sus muchedumbres de cargadores, el socialismo ya no parece tan extemporáneo.

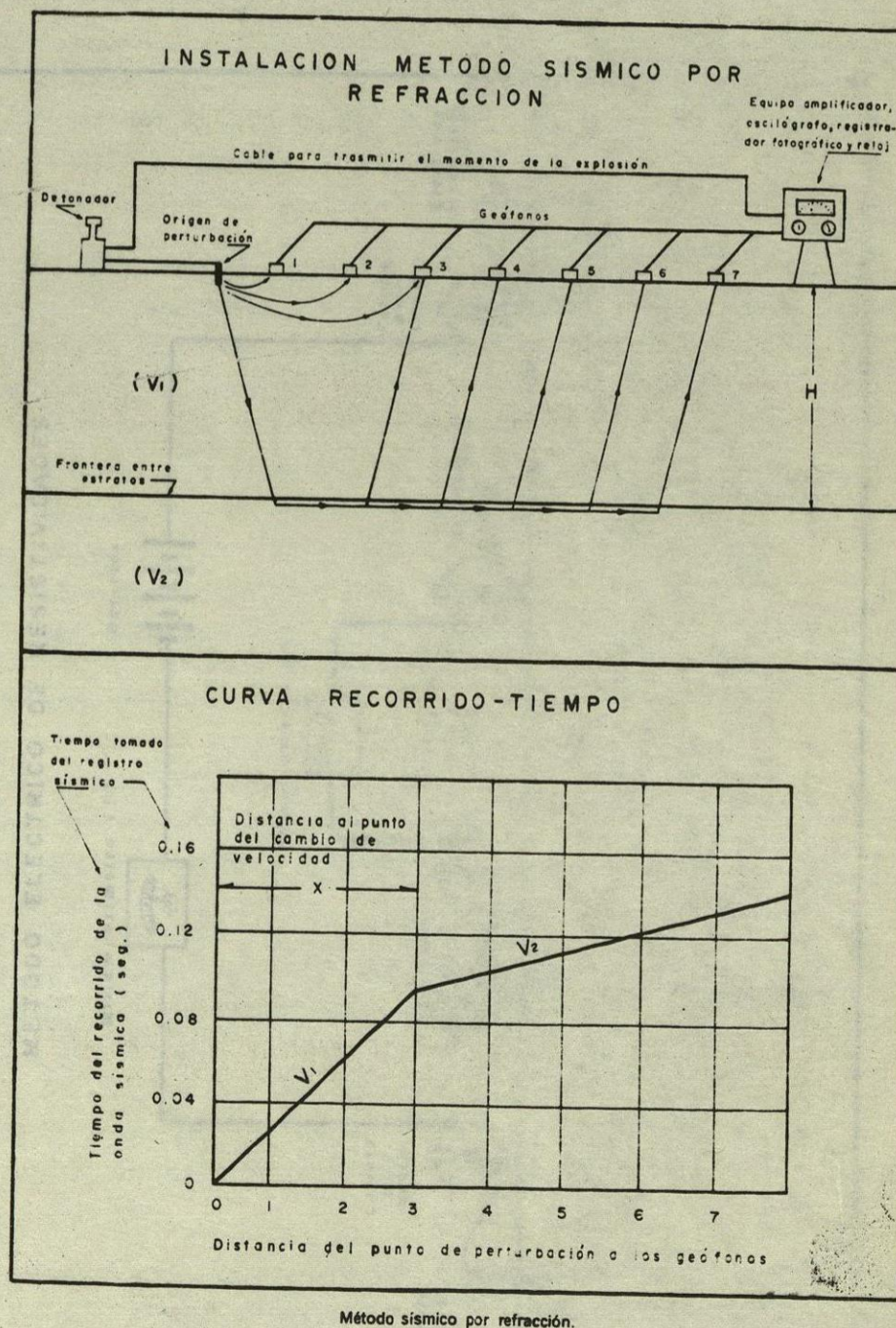
Buenos Aires es hoy una de las grandes ciudades del mundo. Posee todos los adelantos morales y materiales del presente, lo mismo que Londres, lo mismo que París. ¿Por qué en su portentosa asimilación había de librarse de conocer de cerca el socialismo, una de las manifestaciones del adelanto moderno? . . .

En pocos años ha aumentado considerablemente el partido socialista en las ciudades argentinas. No ha conseguido aun grandes éxitos políticos, pero dirige huelgas de importancia, algunas de las cuales tuvieron casi el carácter de revoluciones. Su tribuno es el doctor Alfredo Palacios, joven abogado, de espontánea elocuencia, fácil en la improvisación, y que reviste las cuestiones económicas y sociales con el ropaje artístico de la sentimentalidad. Su voz sonora, su romántica cabeza, sus ademanes tribunicios, aparecen en cuantos mitins y manifestaciones al aire libre celebran los obreros de Buenos Aires. Es el único socialista que ha llegado á sentarse en la Cámara de Diputados; y durante su mandato legislativo pronunció



DR JUSTO

su prestigio que ofrece su continúa impo», sin haber



e otras nacio- os de acción, nato diplomá-

ilusiones beli- o amplio para

ilitares. Esta guerras civi- gresan las Re-

olentes de los ria. «La ban- o atada jamás fueron derro-

Don Leandro Alem, «hombre convencido, sincero, ingenuo», según declara un ilustre escritor que lo trató mucho, y fué su adversario en ideas. Alem se suicidó, y desde entonces el partido radical, aunque ha realizado varios intentos de revolución y sigue contando con el entusiasmo de la juventud, siempre pronta á mezclarse en las protestas políticas, lleva perdida una gran parte de la influencia nacional que le daba su antiguo jefe.

Ahora lo dirige Don Hipólito Irigoyen, hombre austero, que gusta de vivir retirado, como los conspiradores antiguos, sin prestarse á conferenciar con los periodistas ni á colocarse ante los fotógrafos.

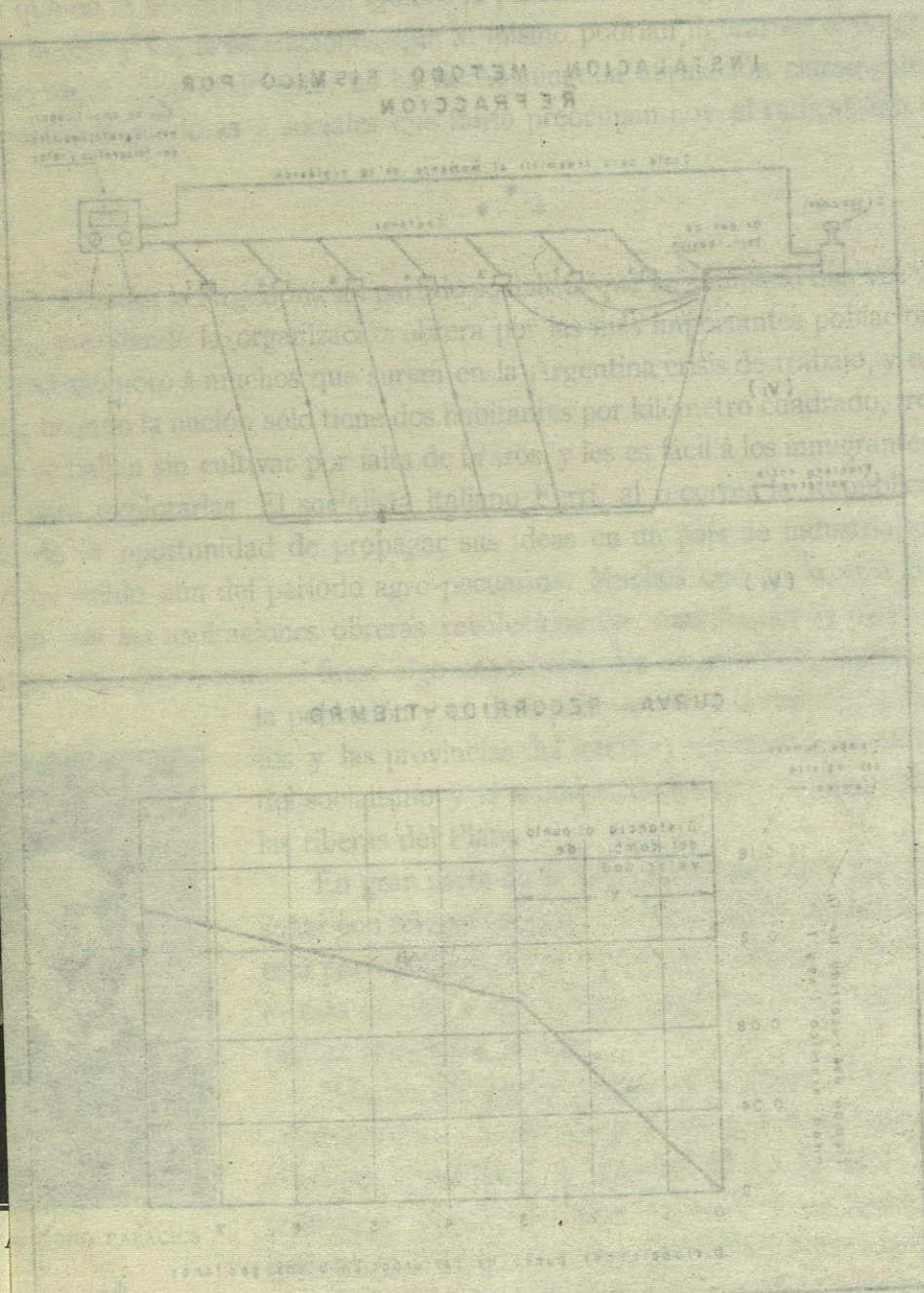
E
por su
que un
país m
con ot
tido c
en las

T
nacion
blica.
sociali
del su
públic
abomi
que «
simpat
el soci



DON

B
morale
porten
tacion



oritos que
nte, antes
moral del
nistrativa,
le un par-
lucionaria
ros países.

elecciones
la Repú-
in partido
tas partes
irir tierras
ntase que
embrión,
el Océano
ñeza ante
eparto de
des puer-
existencia
trararlo en

quijotesca
La tierra
ombre no
aglome-

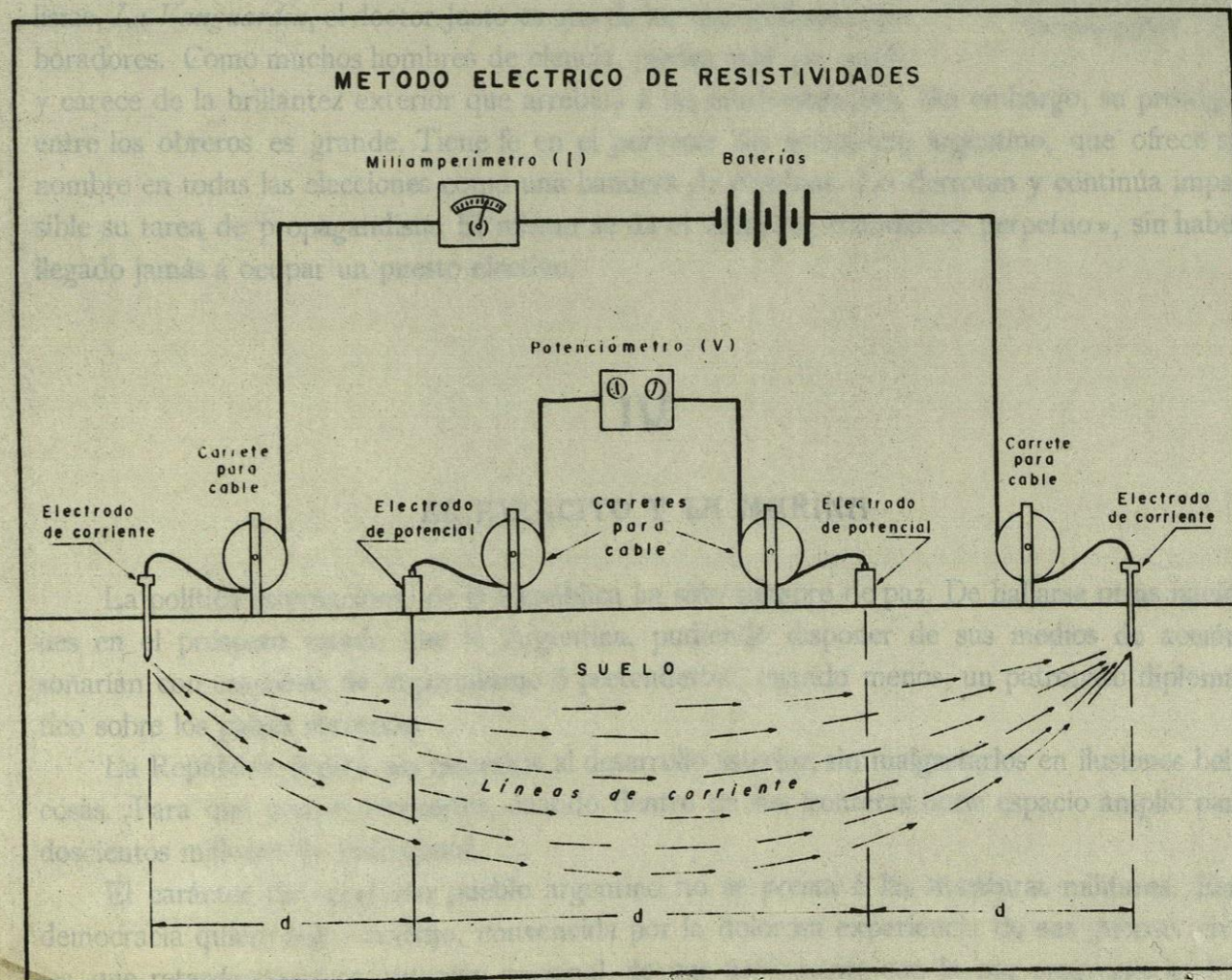
s infectos
, influen-
; grandes
s de car-

adelantos
qué en su
manifes-

En pocos años ha aumentado considerablemente el partido socialista en las ciudades argentinas. No ha conseguido aun grandes éxitos políticos, pero dirige huelgas de importancia, algunas de las cuales tuvieron casi el carácter de revoluciones. Su tribuno es el doctor Alfredo Palacios, joven abogado, de espontánea elocuencia, fácil en la improvisación, y que reviste las cuestiones económicas y sociales con el ropaje artístico de la sentimentalidad. Su voz sonora, su romántica cabeza, sus ademanes tribunicios, aparecen en cuantos mitins y manifestaciones al aire libre celebran los obreros de Buenos Aires. Es el único socialista que ha llegado á sentarse en la Cámara de Diputados; y durante su mandato legislativo pronunció numerosos y elocuentes discursos acerca de los problemas obreros.



Otro representante del socialismo argentino es el doctor Juan Justo, médico notable y antiguo profesor de cirugía de la Facultad de Buenos Aires. Ha estado varias veces en Europa en viaje de estudios y es autor de un buen libro, *Teoría y práctica de la Historia*. Entró en el partido socialista en 1893, y desde entonces escribe folletos y



Cuando se ha visto retada por las pretensiones absurdas ó las agresiones insolentes de los enemigos, ha peleado con heroica tenacidad, acompañada siempre por la victoria. «La bandera blanca y celeste — como dijo Sarmiento en un famoso discurso —, no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra». Nunca los ejércitos argentinos fueron derrotados ni sufrieron el más pequeño descalabro dentro de sus fronteras actuales.